

DOMINGO DE LA ASCENSIÓN

1ª lectura (Hechos, 1, 1-11): *Aguardad que se cumpla la promesa del Padre.*

Salmo (46, 2-3.6-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Hebreos, 9, 24-28; 10, 19-23): *Cristo se ofreció para quitar los pecados de todos.*

Evangelio (Lucas 24, 46-53): *Vosotros sois testigos.*

Hay sectores en que existe cierta fascinación por la monarquía. Que está al tanto de lo que ocurre en las escasas dinastías reales que sobreviven en este siglo XXI: quién es quién..., quién se casó con quién..., quién abdicó y quién no se decide a hacerlo..., quién es el heredero o si se permite que sea heredera..., que boda fue más vistosa y en cuál hubo más asistentes..., cuantos reyes y reinas andan por ahí vagando a ver quién le reconoce sus derechos..., etc.

Pero hay todavía más que se dedican a la fabricación de sus propios monarcas populares: la reina de la moda, el rey de la canción, la emperatriz de las novelas, el príncipe de la música o el rey del fútbol. También tenemos la reina de la feria o del festival, las princesas del colegio o del barrio y toda suerte de emperadores, reinas, reyes, príncipes, princesa y demás.

Nuestro mundo occidental ha buscado a través de muchos medios constituirse en una sociedad verdaderamente democrática: *“El pueblo manda y sus votos son los que deciden”*. Pero en muchos lugares eso no ha sido fácil. Por un ansia de ser más grandes, poseer más y tener más poder se subyuga al pueblo, se invaden territorios y se originan guerras. Parece que pasamos por una época en que se ha establecido una lucha por ascender coartando el respeto a la libertad de los individuos y sus opciones políticas. ¿Cómo convencernos de que la auténtica grandeza se mide por la capacidad de hacer felices a los que nos rodean?

Los cristinos nos reunimos para celebrar a alguien que también ascendió, pero no precisamente por su popularidad ni por pertenecer a alguna dinastía hereditaria:

- *¿Sangre real?* Si la tenía, pero la escondió muy bien. Él nació en una familia muy humilde, creció en un pueblito sin mayor interés, no hizo nada memorable en sus años juveniles y, cuando al fin se decidió a dar un paso hacia el mundo, lo hizo como predicador itinerante del Reino de Dios.
- *¿Popularidad?* La suya era más bien escasa. No alcanzó siquiera que algunos votaran por Él a la hora de librarlo de la cárcel y de la muerte. Completamente extraño para los círculos de poder político, militar o religioso, rechazados por todos los que cuentan fue condenado a una muerte ignominiosa de cruz.

Aunque Jesús no había sido un *“tipo popular”*, recibió un voto de calidad, el voto que en definitivamente cuenta, el de su Padre, el Dios de la vida, resucitándolo de entre los muertos y llevándolo junto a sí. **¡Jesús entra en el mismo cielo!** Es llamado a participar en la misma vida de Dios Padre para siempre. Y a falta de mejores palabras, a eso le llamamos *«Ascensión»*, la fiesta del señorío de Jesús que hoy celebramos. A nosotros nos deja fortalecidos por su Espíritu y nos da su bendición para que la compartamos por todos los rincones de la tierra.

Los discípulos de Jesús se sentían bendecidos por Él, que los había llamado a seguir sus pasos. Él les había regalado su bendición, infinidad de veces, en su palabra con mensajes de vida. Había curado enfermos, perdonado a pecadores, resucitado muertos, acogido a extranjeros... **¡Toda una bendición!** Y en su último encuentro con los suyos se despidió bendiciéndolos... Hoy también lo sigue haciendo, Él nos bendice y nos acompaña en el camino de la vida, en medio de las alegrías y dificultades el Señor sale a nuestro encuentro.

Pero la confianza de los discípulos en Jesús quedó debilitada en la cruz del Gólgota. Los suyos no entendían por qué tuvo que morir en una cruz. No era lo esperado y no lograban hacerse a la idea. Pensaron que todo había acabado hasta que, primero unas mujeres, y luego, progresivamente, el grupo de los discípulos experimentaron la presencia viva y real del Señor resucitado. ¡No les había dejado solos! ¡Estaba vivo y seguía con ellos! En ocasiones también nosotros podemos pensar que él nos ha abandonado. Son los momentos de oscuridad y de cruz, las situaciones inciertas y las ocasiones de dolor. Sin embargo, es entonces cuando está más cerca de nosotros.

Jesús insiste en su compromiso de presencia. Su Espíritu es quien alienta la vida de la comunidad y protagoniza la edificación de la Iglesia. El Espíritu nos revitaliza para seguir con la misión. Celebrar la ascensión del Señor es profesar que Él sigue con nosotros, para siempre y que nos capacita para seguir sus pasos. Jesucristo nunca abandonó a los suyos ni tampoco a su Iglesia. Es nuestra certeza y nuestra confianza. Aunque, en ocasiones, la barca de la Iglesia sea zarandeada y pensemos que el Señor se ha dormido, Él sigue siendo quien lleva el timón, aglutina la comunidad y alienta nuestro testimonio.

«¿Qué hacéis mirando al cielo?». El Señor nos quiere con los pies en la tierra, cerca de los que sufren y están solos, al lado de aquellos que no encuentran un horizonte de vida, junto a los débiles y desorientados. Nuestro corazón y nuestra vida se apoyan, sin duda, en Dios, pero nuestras manos deben estar tendidas a todos, nuestros ojos atentos a la realidad, nuestros oídos abiertos a quien nos llame y nuestro tiempo... dedicado a la misión que Jesús nos ha encomendado. La vocación de la Iglesia y de cada cristiano es ser testigos del Señor en todas las circunstancias de nuestra vida. Jesucristo nos acompañará siempre. Él nos bendice.